

Biblioteca-Films

NÚM.
412

Los amores de Rasputin

25
CTS.



NICOLAI
MALIKOFF
Diana
Karenne

Cuadro artís-
tico de los
Soviets Rusos



BERGER, Martin

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

VALENCIA, 234 - APARTADO 707

Sdad. Gral. Española de Librería: Barará, 16

B A R C E L O N A

AÑO VII

APARECE LOS MARTES

Núm. 412

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

* Rasputins Liebesabenteuer, 1928

Los amores de Rasputin

* (RASPOUTINE), 1929

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título interpretada por el gran actor de la pantalla

NIKOLAI MALIKOFF

Adaptación por M. NIETO GALÁN

Producción L. Gaumont

Paseo de Gracia

Barcelona

REPARTO

Rasputin

NIKOLAI MALIKOFF

La Zarina

Diana Karenne *

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

* Screen 'Seris Germany' 1-4-153-335

Título france en 'Dictionnaire du Cinema et de la Television' (Diana Karenne)
© en Dic. Cinema Universel = (des Aventures Amou- reuses de Rasputine)

Historia de la República Española

Título del primer tomo:

**1921 - De la Dictadura a
la Revolución - 1931**

Título del segundo tomo

**Proclamación y Problemas
de la República** ===

Título del tercer tomo

Afianzamiento de la República

Es autor de este alarde
editorial el culto literato

E. MOLDES.

Precio popular: 1'25 pts

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previa
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
timos para el certificado. Franqueo gratis.

PRIMERA PARTE

En una pequeña aldea de Siberia vivía un campesino, Grigori Rasputín, apodado más tarde el "Santo diabólico", hombre robusto y sensual, poseedor, a la vez, de un poder hipnótico extraordinario. Compasivo, también a su modo, le inspiraba más simpatía los humildes seres irracionales que sus propios hermanos, los hombres.

Para Grigori Rasputin el trabajo del campo era ruda carga que sobrellevaba, no con resignación, sino con la obligación del que ha de hacerlo para ganarse el sustento. Hombre lascivo y vicioso sentía arder en su interior la llama del deseo no satisfecho y soñaba con algo superior a la humilde vida que llevaba.

Y mientras él seguía arando la tierra, obscurecido su nombre entre los millones de

seres que poblaban Rusia, lejos de allí, bajos las cúpulas del Palacio Imperial, como bajo las bóvedas de las iglesias de la ciudad, se hacían rogativas para que viniese al mundo un heredero del trono de Rusia.

Este afán de lograr un sucesor hacían de la zarina Alejandra y del zar Nicolás II, dos naturalezas supersticiosas, verdaderos esclavos de las influencias del llamado "Santo", un tal Mitja. Era éste un hombre cretino, venerado como vidente, que tenía como cómplice a Jogeroff, individuo ambiguo y diestro en sacar partido de las incoherencias de Mitja, con beneplácito de los intrigantes de la Corte.

Como si el Cielo hubiese escuchado las súplicas de los zares, la zarina anunció que pronto la Corte de Rusia tendría que rendir pleitesía a un nuevo ser real y Nicolás II acudió al Mitja, para que le anunciase si el futuro ser sería el heredero del trono.

La situación para el vidente era delicada en extremo. Sabía que nada podía adivinar respecto a aquel hecho futuro, pero Jogeroff, decidido a congratularse con el zar más de lo que estaba, obligó a Mitja a anunciar que el fruto de la zarina sería el heredero del trono de Rusia.

La noticia, divulgada por Mitja, fué acogida en la corte con la natural alegría, excepto por el coronel Tatarinoff, jefe del Estado

Mayor, quien no podía creer en las palabras del vidente. Su gran amor por el zar y por la patria, le alejaba de la perniciosa influencia de Mitja, pero sus razones y consejos eran vanos ante la superstición del emperador, sometido por completo a la voluntad de aquel hombre.

Llegó el día en que la zarina había de dar vida al nuevo zar y en la antecámara regia se hallaba congregada toda la nobleza, esperando la noticia.

En una habitación contigua a las habitaciones de la zarina, el zar pugnaba por dominar su impaciencia, cuando entró Jogeroff, para decirle:

—Señor, me atrevo a creer que la profecía de Mitja se cumplirá y que pronto tendremos un heredero del trono.

—Es necesario que así sea—exclamó el zar—. Lo necesita Rusia.

Y poco después, Nicolás II fué sorprendido por la grata nueva de que era padre de un varón.

La influencia de Mitja fué aún mayor desde aquel día, y esta influencia empezaron a sentirla todos aquellos nobles que habían distinguido con su frialdad al "Santo". En todas las reuniones de la corte no se hablaba de otra cosa que de la influencia del cretino, y por alta que fuera la alcurnia y rancio el abolengo de los nobles, sentían cierto temor

de caer en desgracia de aquel hombre, más poderoso que el mismo zar.

Existía en la corte una mujer intrigante y astuta, que se había atraído la enemistad de Mitja, la condesa Ignatieff y buscaba ansiosamente a quien pudiera sustituir al hombre que odiaba y poder vengarse de sus desprecios.

Llegaron a oído de la condesa las curas milagrosas de Rasputin y segura de que en él encontraría el medio de vengarse de Mitja, le dijo al conde de Bilinski, otro de los alejados de la amistad del vidente:

—Se cuentan maravillas de ese Rasputin, el campesino de Siberia. ¡Si pudiésemos ponernos de acuerdo con él!

—Es necesario que así sea—le respondió Bilinski—. Necesitamos de ese hombre para anular la influencia de Mitja.

—Pues lo mejor es que mañana mismo salgamos en su busca.

—De acuerdo—replicó Bilinski—. Mañana partiremos para esa aldea y no creo que nos cueste gran trabajo convencer a ese labriego.

Y al día siguiente los dos aristócratas emprendieron el viaje hacia la aldea siberiana para atraerse a Rasputin, y lograr que él substituyese en la corte al vidente Mitja.

Después de unos días de viaje, los aristócratas llegaron al pequeño poblado donde vi-

vía Rasputin y consiguieron que un campesino los guiase hasta la casa de Grigori Rasputin. Avisado éste de la calidad de la visita que lo esperaba, abandonó su trabajo y corrió a presentarse a los condes.

La belleza de la condesa fué como un latigazo que azotara el cuerpo de Rasputin, por cuyos ojos cruzó un relámpago de insano deseo, adivinando los encantos de aquel cuerpo que tenía ante él. Aquella llama de lujuria pasó inadvertida para los visitantes, que le dieron cuenta del objeto de su visita y para decidirle a hacer el viaje, le dijeron:

—En la capital puedes llegar a ser una persona influyente.

—También aquí lo soy—respondió Rasputin—. Todas las mujeres de las aldeas vienen a mí para que las cure.

Tan intencionadamente fueron dichas estas palabras, que la condesa comprendió inmediatamente su sentido y le respondió:

—Pero allí las mujeres son más hermosas, más elegantes, y también irán a ti.

Otra vez la llamarada del deseo cruzó por los ojos de Rasputin, y exclamó:

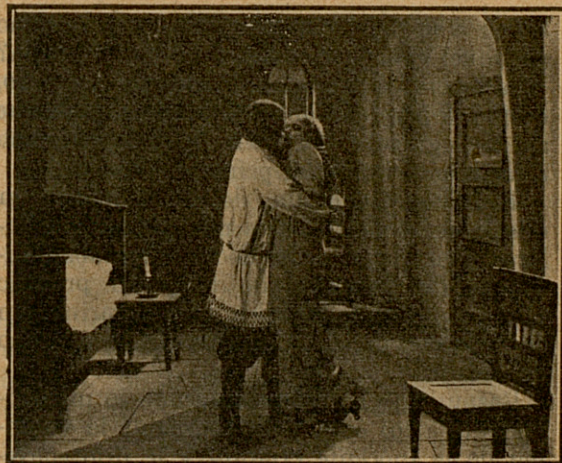
—Bueno, iré con vosotros.

Y aquel mismo día Rasputin cambió el marco humilde de la aldea por el vasto escenario de San Petersburgo.

SEGUNDA PARTE

Llevaba ya Rasputin algún tiempo en la capital, sin que hubiera tenido la condesa ocasión de introducirlo en palacio. Sin embargo, el nombre de Rasputin iba adquiriendo alguna celebridad, debido a sus curas hipnóticas, que la gente achacaban a un poder sobrenatural, y el antiguo labriego gozó en sus brazos a mujeres distintas de las de la aldea. La misma condesa fué víctima de su poder hipnótico y Rasputin seguía saciando su sensualidad en cuantas damas caían bajo su dominio. Eran aquellos, amores de un día, puesto que en el corazón de aquel hombre no existía ningún sentimiento honrado y solamente la lujuria impulsaba sus acciones.

En este intervalo de tiempo, cuando el zarevitch tenía ya seis años, la enfermedad, que desde su nacimiento parecía incurable, se agravó más aún y los emperadores veían de-



La misma condesa fué víctima de su poder...

solados que la ciencia y el mismo vidente nada conseguían para aliviar al heredero del trono.

Ante la impotencia de la ciencia, la condesa Ignatieff creyó llegado el momento de introducir a Rasputin, y le dijo a la zarina:

—¿Por qué no llamáis a Rasputin? Se dice que hace curas maravillosas. No es más que un campesino, pero al verle, se siente que ese hombre tiene un poder sobrenatural.

¿Qué no es capaz de hacer una madre por

salvar a su hijo, y mucho más, cuando como en aquel caso la ciencia se declara vencida? Y la zarina, ante el afán de mejorar a su hijo, aceptó la proposición de la condesa, para que al día siguiente Rasputin fuese introducido a las habitaciones del príncipe heredero.

Hallábase éste en uno de esos momentos en que la enfermedad hacía más agudos sus dolores, y ni Mitja, ni los doctores lograban aliviarlo. La presencia de Rasputin produjo cierto asombro entre ellos, más la zarina, sin darle importancia, lo condujo hasta el lecho de su hijo.

Rasputin se acercó al enfermo, lo miró fijamente a los ojos, para conseguir la voluntad de la inocente criatura y le dijo suavemente.

—Reza conmigo y te curarás.

E inmediatamente, bajo la influencia del poder hipnótico de Rasputin, el zarevitch fué cambiando su gesto de dolor por una sonrisa, que llenó de admiración a cuantos se hallaban presentes en aquel momento.

Desde aquel día la influencia de Mitja fué decayendo, a la vez que la de Rasputin se hacía más fuerte. No tardó mucho en ser el hombre más poderoso de Rusia, puesto que bajo su dominio se hallaban los razes y el propio zarevitch, que no se hallaba bien más que en presencia del "Santo", nuevo nombre con que se le designaba.

Mas a pesar de su creciente influencia en la corte, vivía Rasputin en una casa humilde en un barrio apartado de la ciudad, guardada celosamente por la policía secreta del Zar.

Esta continua vigilancia de que era objeto no satisfacía a Rasputin, puesto que debido a ello podía conocerse la vida licenciosa que llevaba.

Otra vez el coronel Tatarinoff vió amenazada la paz de Rusia por la influencia de aquel hombre, y para desenmascararlo ante los ojos del Zar, envió agentes a que vigilaran la conducta de Rasputin. Las noticias que estos le dieron confirmaron plenamente las sospechas del coronel, quien le dijo al Zar.

—Señor, siento decirle que el tal Rasputin pone en evidencia a la corte con sus continuas francachelas.

—Eso no es posible—respondió el Zar—. Rasputin es un santo, y todas las mujeres que acuden a su casa, van en busca de un remedio para sus dolencias.

—Siento contradecirle, señor; pero tengo noticias fidedignas de que la casa de Rasputin es un centro de perversión.

—No hablemos más de eso—terminó diciendo el Zar—. Pensad solamente que Ras-

putin es el único que puede curar al zarevitch.

Comprendió el coronel Tatarinoff que nada adelantaría, lo mismo que antes le había sucedido con Mitja, y dejó para comprobar por sí mismo los informes que le habían suministrado sus agentes.

Tenía el coronel una esposa, quien tampoco compartía la admiración que las damas de la corte sentían por Rasputin, y esta indiferencia en una mujer tan extraordinariamente hermosa producía el consiguiente deseo del "Santo". Luchó durante mucho tiempo para atraerse la amistad de la señora Tatarinoff, y pronto se convenció de que la conquista de aquella mujer era mucho más difícil de lo que parecía.

Una tarde la condesita Vera, ayuda de cámara de la zarina, fué a casa de Rasputin para buscarlo en nombre de la zarina. Era una joven que desde el primer día había sentido cierta repulsión hacia el "Santo" y al verla entrar éste en su casa, salió a recibirla diciéndole:

—¿Qué se le ofrece a mi buena amiga, la condesita Vera?

—Vengo en nombre de la zarina, para que vayáis a verla.

—¡Oh, cuánto me molesta la zarina!—exclamó Rasputin—. ¡Si en vez de ser ella la que me llama fueseis vos.

—¡Yo no tengo por qué llamaros!—respondió secamente la joven.

—Sin embargo, a pesar de ese desprecio que me aparentáis, yo siempre soy un buen amigo vuestro—respondió Rasputin, cuyos ojos llameaban lujuria.

La muchacha sintió el fuego de aquella mirada sobre ella, y pretendió salir de allí, mas Rasputin, cortándole el paso, le dijo:

—Esperadme y yo os acompañaré a palacio.

—No puede ser—exclamó la joven—. Me esperan.

No era Rasputin hombre que anduviese con contemplaciones, y al ver la actitud de la condesita, sin tener en cuenta la amistad de esta con la zarina, se abalanzó sobre ella y la besó ardorosamente los labios. Quiso la joven huir del contacto de aquella caricia que la emponzoñaba, mas Rasputin la retuvo cuanto quiso en sus brazos, dejando a la fuerza de su poder hipnótico la consecución de la que nunca se le habría ofrecido.

Aquella misma tarde la condesita Vera se quejaba de la actitud de Rasputin a la zarina, quien después de oír su relato, le dijo:

—No puede ser eso que dices. Parece que todos os habéis puesto contra de ese "Santo" para que caiga en desgracia ante mis ojos.

—Señora—replicó indignada la condesita—. ¡Os juro que es verdad cuanto os digo!

—¡No lo creo!—exclamó indignada la zarina—. ¡Y te prohibo que hables mal de ese hombre!

—Entonces, si me lo permitís—suplicó la condesa—, me retiro a mi casa.

—¡Puedes hacer lo que quieras!—terminó diciéndole la zarina.

Cuando poco después llegó Rasputin buscó con la vista a la condesita, y al no verla, le preguntó a la zarina:

—¿Y la condesita Vera?

—Ya no está a mi servicio—le contestó la zarina—. Se ha permitido hablar mal de cierta persona.

Comprendió Rasputin quien era aquella persona de quien la condesita se quejara y su despido fué una confirmación más de su influencia. No obstante, adoptando aquel aire de humildad que tan brillantemente sabía fingir ante las zares, exclamó:

—Pobre joven. Debéis tener en cuenta que es casi una niña. Yo siempre creí que era la bondad en persona.

—Dejemos a la condesa y hablemos de vos —le dijo la zarina—. Me he enterado de que no queréis que os vigile la policía secreta y debéis pensar que tenéis muchos enemigos.

—Nada podrán contra mí—respondió él—. Además, me molesta verme siempre seguido de esos hombres.

—Pues elegirlos vos mismo—le dijo la zarina—. Pero es necesario que estéis guardado.

Y Rasputin, dando una prueba más de su insolencia, nombró jefe de policía, nada menos, a uno de sus antiguos conocidos de Siberia.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS



No deje de leer la
novela más gran-
de que se ha edita-
do hasta el día ti-



— tulada —



Luces de Buenos Aires

por CARLOS GARDES

96 páginas de texto - Precio: 1 peseta

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

TERCERA PARTE

Para asegurarse de la conducta de Rasputin el coronel Tatarinoff y su esposa visitaron una noche uno de los cabarets a donde acudía Rasputin.

Actuaba allí la canzonetista Warwarowa, amiga de un influyente diputado, quien desde una mesa algo alejada veía como su amiga abrazaba a Rasputin, que procuraba llamar su atención, diciéndole a la joven:

—Allí está tu diputado... ¿No le gusta mucho verme contigo?

Y para que todo el mundo se fijase en él, hizo que la orquesta ejecutase una típica danza, obligando a todos los clientes a bailar. No tardó mucho en convertirse aquello en una verdadera orgía. Rasputin abrazaba a cuan-



Abrazaba a cuantas mujeres alcanzaban sus brazos.

tas mujeres alcanbazan sus brazos y sin comedimiento alguno.

El coronel Tatarinoff, avergonzado de aquel escándalo, salió con su señora del cabaret, dispuesto a dar cuenta al día siguiente al zar de lo que él mismo había visto. En efecto, a la mañana siguiente, el coronel Tatarinoff refería al emperador su visita al cabaret y el espectáculo que había presenciado.

Ya por aquel tiempo habían llegado anónimos y cartas dirigidas al Zar haciéndole comprender que la vida de Rasputin era una completa orgía y la declaración del coronel, de cuya fidelidad no podía dudar, acabó por indignar al Zar, que en un momento de energía dió orden de que fuese traído a su presencia Rasputin, para ser deportado.

Mas en el instante en que iba a dar esta orden apareció la zarina, y abrazándose a él, le dijo:

—¿Quieres acaso convertirte en el asesino de tu hijo?

—¡Lo que quiero es librar a Rusia de ese hombre!—exclamó el Zar.

—Te engañan—continuó diciéndole la zarina—. Rasputin es un "Santo". Le odian los demás porque saben que nosotros le protejemos, sin pensar que es lo menos que podemos hacer por el hombre que salva a nuestro hijo. Si Rasputin se va, nuestro hijo pequeño morirá.

Y el sentimiento paterno pudo más en el Zar que su deber de emperador y retiró la orden que había dado contra Rasputin.

Un acontecimiento vino a cambiar el cur-

so de los hechos; fué el prólogo de la gran tragedia que había de hacer estremecer al mundo entero. El príncipe heredero de Austria había sido asesinado en Servia y Austria declaraba la guerra a la pequeña nación, con quien Rusia tenía concertado un tratado de mutua ayuda. Dejar abandonada en aquella ocasión a Servia, era no cumplir el tratado firmado y por consiguiente, el deshonor de Rusia. Se agotaron todos los procedimientos para atenuar las consecuencias del desastre que se avecinaba, pero fueron inútiles. Ni Inglaterra con su intervención diplomática, ni Austria con su enérgica protesta, lograron otra cosa que ir a una declaración oficial de guerra.

En Rusia empezó la movilización, aun cuando Rasputin se negaba a dar su conformidad para aquella declaración de guerra. Los ministros luchaban con el emperador haciéndole comprender que era el honor de la patria el que tenía que responder del compromiso firmado, pero el Zar se resistía, influenciado por Rasputin.

Pero si el "Santo" ejercía poder sobre los zares, no lo tenía sobre toda la corte, que

obligaron al emperador a firmar la declaración de guerra.

Aquel hecho produjo una gran depresión en la zarina, la única aliada que había tenido Rasputin, y cuando ésta se enteró de que la cosa era ya inevitable, le dijo:

—Las horas son graves, Grigori. Esta guerra será nuestra ruina... El porvenir me asusta.

—Tranquilizaos, madrecita—le dijo Rasputin—, mientras yo viva nada malo os puede suceder, ni a Rusia tampoco.

Bilinski seguía siendo el amigo de Rasputin y quien más le azuzaba contra la señora de Tatarinoff, hasta que una tarde volvió Rasputin y le dijo:

—¿No decías que la señora Tatarinoff era diferente a las demás?

—¡Y lo sostengo!—respondió Bilinski, que estaba seguro de la honradez de aquella dama.

—Pues yo te digo que es como todas—replicó ronsiendo cínicamente Rasputin, a la vez que Bilinski se daba cuenta del monstruo que era aquel hombre.

Desde entonces rehuyó su amistad y Raspu-

tin buscó la del príncipe Yusuppoff, más por la belleza de su esposa Irina, que por la de él.

Declarada la guerra, el ejército ruso empezó a sufrir los primeros amargores de las primeras derrotas y Rasputin seguía recomendando al emperador que retirase las fuerzas del frente. Con una evidencia extraordinaria aquel hombre parecía adivinar el negro porvenir que esperaba a los emperadores de persistir la guerra y ponía todo su empeño en que terminase cuanto antes.

A tanto había llegado ya la intromisión de Rasputin que los buenos patriotas sintieron la necesidad de librarse de la forma que fuese de aquel hombre, que amenazaba con llevar a Rusia a un cataclismo.

En casa de la señora Tatarinoff se reunían los enemigos de Rasputin, y allí se acordó que el príncipe Yusuppoff, quien a pesar de su fingida amistad, odiaba al "Santo", por la persecución que sabía ejercía sobre su esposa, fué designado en unión de otros tres aristócratas para matar a Rasputin.

Desde aquel día el príncipe procuró ganarse la voluntad de Rasputin, quien ignorando

los verdaderos móviles del príncipe, se dejó conducir por él.

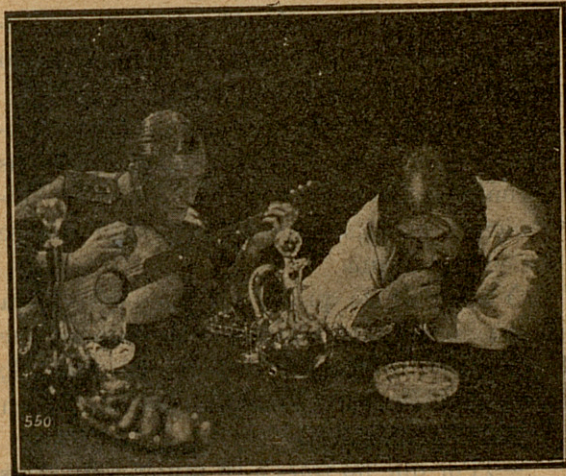
Parecía mentira que un hombre tan precavido y tan desconfiado como Rasputin, hubiese creído de buena fe aquella amistad. Pero como todo tiene una explicación, la de este caso era el que Rasputin amaba por primera vez en su vida.

La persona que había hecho nacer este amor en el pecho de Rasputin era, precisamente Irine, la esposa del príncipe.

Adivinó éste el secreto del "Santo", y desde el instante que lo descubrió, cuando se convenció que aquella pasión, no era como las anteriores de Rasputin, empezó a aparentar cierta indiferencia por su mujer y a mostrarse ésta más amable con él.

El príncipe Yusuppoff era considerado como de los más patriotas de Rusia y quien jamás había querido someterse a la influencia del "Santo", por lo mismo aquella repentina amistad llamó la atención de la zarina.

Sin fiarse del príncipe, a quien sabía partidario de la guerra, la zarina le dijo a Rasputin:



El príncipe le preparaba las orgías...

—¿E cierto que el príncipe Yusuppoff es amigo tuyo?

—Me distingue con su amistad—respondió, confirmando la pregunta Rasputin.

—Pues debes prevenirte de él, Grigori—le dijo la zarina.

—¿Por qué, madrecita?—inquirió Rasputin.

—Porque el príncipe ve sólo en ti un enemigo.

—No lo creais, madrecita—replicó sonriendo Rasputin—. El príncipe Yusuppoff es un caballero y un verdadero amigo.

Pero como el amor, por algo lo pintan ciego, no tiene vista, Rasputin dió al olvido las recomendaciones de la zarina y siguió manteniendo aquella amistad que cada día se hacía más íntima.

Yusuppoff le preparaba las orgías; era el que se dedicaba a buscarle las mujeres que habían de satisfacer la lujuria del "Santo", y no tardó en ser el hombre indispensable en la vida de Rasputin.

—¿Per qué no traes a tu mujer a nuestras fiestas?—le decía Rasputin al príncipe.

—No quiere venir—respondíale el príncipe—. Varias veces he tratado de convencerla y nunca acepta.

—Pero tú debes hacer valer tus derechos—le indicaba Rasputin.

—Es inútil—contestaba el príncipe—. Te tiene miedo; dice que se siente sin voluntad delante de ti, y por eso no quiere venir.

Y de esta forma, Yusuppoff aviva la llama del corazón de Rasputin, esperando el momento de dar el golpe definitivo.

CUARTA PARTE

Una noche llegó Yusuppoff al domicilio de Rasputin y le dijo a la criada:

—Di a Rasputin que estoy yo aquí.

—Está durmiendo—le respondió la criada.

—Pues llámalo; dile que es para un asunto muy importante.

Cumplió la sirvienta la orden, y cuando el príncipe fué recibido por Rasputin, aquél le dijo:

—He preparado una gran fiesta en mi casa y vengo a buscarte. Habrá mujeres hermosas.

—No me interesa—exclamó Rasputin—. Prefiero seguir durmiendo.

—Es lástima—replicó el príncipe.

—Déjala para mañana—volvió a decirle Rasputin.

—Mañana tal vez no consiga que Irina acepte mi invitación.

—¿Asistirá Irina?—preguntó ansiosamente Rasputin.

De buena gana el príncipe le hubiera ahogado entre sus manos en aquel instante, al ver la codicia que aquel hombre sentía por su esposa, mas pudo dominarse y respondió riendo, como dándole a entender lo poco que le importaba su mujer.

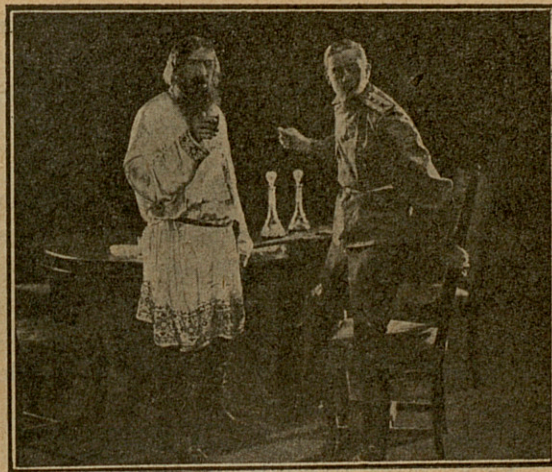
—Me ha costado mucho trabajo, pero al fin he conseguido su autorización.

—Pues vamos entonces—terminó diciendo Rasputin, a la vez que se vestía precipitadamente.

Mientras tanto, en el palacio todo había sido dispuesto en forma de que aquella noche fuese la última de la vida de Rasputin.

Mientras el príncipe había ido en busca de Rasputin, sus amigos se habían encargado de envenenar el vino que había de beber el "Santo", seguros de que ninguna naturaleza podría resistir la fuerza de la ponzoña.

Poco después llegaron al palacio el príncipe Yusuppoff y su convidado, quien al no ver allí a nadie, le preguntó:



Se dejaba conducir por el príncipe...

—¿Y las convidadas?

—Ya nada deben de tardar. Espérame, voy a ver si Irina está ya preparada.

Salió del salón y fué a donde estaban sus amigos, a quien les dijo:

—¿Habéis preparado todo?

—Sí, en el vino está el veneno. Haz que lo beba y no saldrá de aquí esta noche.

Volvió otra vez a donde estaba Rasputin y le dijo:

—Irina vendrá en seguida. Ha llegado una visita y la está despidiendo... Pero, ¿no bebes?

Rasputin, que siempre se había distinguido por su afición a la bebida, como si presintiese algo, se negó a beber y el príncipe, tomando una guitarra que había cerca de la mesa, se puso a tocar una canción de los naturales de Siberia y a cantarla.

Aquella canción comenzó a enardecer a Rasputin y cuando Yusuppoff creyó que había llegado el momento, volvió a ofrecerle el vaso de vino, diciéndole:

—¡Bebamos por la gloria de Rusia!

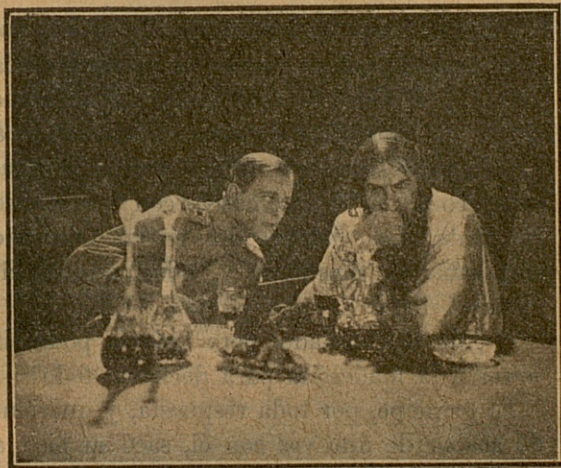
Ya no dudó Rasputin, vació de un sorbo todo el contenido de la copa. El príncipe siguió tocando y cantando y Rasputin continuó bebiendo, sin que en él se notase ningún síntoma de envenenamiento.

En vista del resultado negativo de aquel veneno, el príncipe se levantó diciéndole:

—Perdóname, pero voy a ver si ya ha terminado Irina, quiero que esté con nosotros.

—¡Sí, sí, que venga!—exclamó alegremente Rasputin sin dejar de beber.

El príncipe fué a donde estaban escondidos sus amigos y les dijo:



...tomando una guitarra que había sobre la mesa...

—Ese hombre no se muere y es preciso acabar con él.

—Llevas razón; si dentro de cinco minutos, su naturaleza ha podido resistir el veneno, lo mataremos a tiros, como si fuera un perro.

Volvió nuevamente y Rasputin le preguntó, al verlo llegar sin su esposa:

—¿Dónde está Irina?

—Ahora viene. Está arreglándose y en seguida estará aquí.

Intentó Rasputin levantarse. De pronto habían cruzado por su mente las palabras de la zarina y al verse solo en poder del príncipe sintió un escalofrío de terror. Mas, al ir a incorporarse sintió que interiormente se abrasaba, como si le quemasen con un hierro candente. Los dolores del envenenamiento empezaban a mostrarse y, adivinándolo él, exclamó lleno de pánico:

—¡Me has matado, pero todavía podré ir a ver a la madrecita para decírselo todo!

El príncipe, por toda respuesta, y queriendo acabar de una vez con él, sacó su pistola y disparó sobre Rasputin. Este, al sentirse herido, trató de huir, pero en el mismo instante aparecieron los otros amigos del príncipe y dispararon sus pistolas sobre el "santo", que acribillado a balazos, cayó pesadamente sobre el pavimento.

Momentos después, los asesinos de Rasputin salían silenciosamente del palacio llevando envuelto en un saco el cadáver de Rasputin, y aprovechando la obscuridad de la noche, llegaron hasta el río donde arrojaron el cuerpo del "santo".

La muerte de Rasputin quedaba por enton-

ces tan envuelta en el misterio como había sido su vida.

Pero de él solamente una profecía se hizo realidad, y fué la de que cuando él faltase Rusia se vería sometida a un estado caótico y la vida de los emperadores amenazada.

Poco tiempo después de su muerte, en las trincheras fué sintiéndose un malestar que no tardó en producir un verdadero estado de indisciplina, hasta que el pueblo en conjunto se levantó contra quienes, hasta entonces, habían llamado padrecitos.

Algunos días después, como seres indeseables, el emperador, acompañado de la zarina y del zarevitch, eran conducidos a la frontera para ser expulsados de Rusia, de aquella Rusia que se derrumbaba y en la que ellos habían sido dueños absolutos.

Pero, así y todo, un nombre seguía en la mente de los desterrados: Rasputin. Sólo él hubiera podido, según sus creencias, evitar el cataclismo de su derrota.

FIN

8. 19-2-6/8

UN ACIERTO EDITORIAL....

lo ha constituido la nueva publicación

CANCIONERO POPULAR

VEINTE canciones de éxito en cada cuaderno

32 páginas de texto

30 céntimos

Núm. 1 CARLOS GARDEL

en sus creaciones **LUCES DE BUENOS AIRES**
y los tangos

Negra consentida. - ¿Donde estás
corazón? - Yira... Yira... - Danza ma-
ligna. - Se va la vida. - La Paloma.
La reina del tango. - Bajo los techos
de París - etc., etc.

Núm. 2 IMPERIO ARGENTINA

en sus canciones populares

LO MEJOR ES REIR
SU NOCHE DE BOBAS
CINÓPOLIS

¡Ay chata! - Tomás, quiero ser mamá.
Un tango fué. - ¡Ay, Tomasa! - Canta...
Canta... - Las taquí-mecas - etc., etc.

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco cénti-
mos para el certificado. Franqueo gratis.

COLECCION VD. LAS NOVELAS DE GRAN ÉXITO DE ASUNTOS RUSOS

Ediciones Biblioteca Films a UNA peseta
LAS MENTIRAS DE NINA PETROWNA,
por Brigitte Helm.
RASPUTIN, Wladimir Gaidaroff.
LA ULTIMA ORDEN, Emil Jannings.

Selección de Biblioteca Films a 50 céntimos
RUSIA, Wladimir Gaidaroff.
EL DIAMANTE DEL ZAR, Ivan Petrovich.
LOS HUSARES DE LA REINA, Billie Dove.
LA MARCHA NUPCIAL, Eric Von Stroeim.
CZAREVICH, Ivan Petrovich.
ADORACION, Antonio Moreno.
NOCHE DE PRINCIPIES, Gina Manes.

Selección de Films de Amor a 50 céntimos
LOS CADETES DEL ZAR, Conway Tearle.
RESURRECCION, Dolores del Río.
LA MUJER DE MOSCOU, Pola Negri.
LA CANCION DEL COSACO, Hans Adalbert Schetow.
CLARO DE LUNA, Lawrence Tibbett.

— PEDIDOS A —
Biblioteca Films - Apartado 707 Barcelona
Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis